

vestido como ellos de esplendor y de luz, ahora que sus pruebas han acabado, y que la gloria de la visión beatífica le colma superabundantemente de todos los bienes?

Es verdad que toda la felicidad de José no ha llegado todavía á su perfecta plenitud. Hasta los días del juicio final, que arreglará para siempre todas las cosas, la gloria y la felicidad de Señor San José deben *crecer*, y recibir sucesivamente todos los desarrollos que les faltan.

La protección del ilustre Patriarca no ha acabado de producir todavía entre nosotros sus benditos frutos: muchas almas que viven actualmente no recibirán sino más tarde los socorros que les destina; otras muchas que deben ser colocadas bajo su custodia paternal, están sepultadas aun en la nada. Estos son otros tantos servidores, otros tantos clientes que faltan todavía al cortejo magnífico cuyas filas rodean ya en el cielo, al casto Esposo de María.

Y además, todos esos santos que se agrupan en torno de nuestro Patriarca para manifestarle su amoroso agradecimiento; todos esos bienaventurados habitantes de los reinos celestiales, no han visto resucitar para la gloria, esta carne con la cual han vencido en

el combate de esta vida. Son *almas* solamente, son *almas separadas*; y no todavía *hombres* resucitados con la plena posesión de todos los dones que Dios quiere conceder á sus escogidos. Así es que todos estos amigos, todos estos clientes de Señor San José, no pueden honrarle todavía plenamente por sus alabanzas. La ausencia de este cuerpo que forma una de las mitades de nuestro ser, no les permite hasta ahora, cumplir para con el Santo Patriarca todos los deberes de que se consideran deudores, cuando consideran su santidad y sus beneficios.

Mas sin embargo, Señor San José ha recibido ya, y posee aun desde ahora, gran parte de esta felicidad que el Señor ha reservado á sus méritos. Nada le falta respecto á la visión de Dios que contempla sin velos; nada le falta respecto de Jesucristo y de María, que resucitados uno y otro para la vida que no tiene fin, se le dejan ver en sus almas y en sus cuerpos. Y si los santos á quienes José ha salvado por su intercesión y su auxilio, si todos aquellos que se han enriquecido con sus beneficios no poseen todavía en su carne, la recompensa de las buenas obras que han hecho con el auxilio de la gracia; por lo menos nuestro gran Patriarca ha recibido ya,

podemos pladosamente conjeturarlo y decirlo, la gracia de una resurrección gloriosa, que le configura con los cuerpos glorificados de María y de Jesucristo.

¿No leemos en el Evangelio, que cuando Jesucristo exhaló su espíritu, se abrieron los sepulcros en muchos lugares, y los cuerpos de muchos santos que habían muerto, resucitaron? (1) ¿Qué sucedió pues, con estos muertos privilegiados, á quienes el Señor Jesús quiso así resucitar anticipadamente, antes de los tiempos en que todas las almas deben volver á tomar esa carne en la cual vivieran y combatieron sobre la tierra? Podemos creer que este beneficio prematuro de Jesucristo fué como los otros *dones de Dios, sin arrepentimiento*; (2) y que estas primicias de la humildad regenerada por la muerte del Salvador, subieron con Él al cielo en el día de su Ascensión triunfante, para servirle cerca de Dios de guardias de honor y de cortejo.

Mas ¿cuáles son pues, los nombres de aquellos que recibieron de Jesucristo el beneficio anticipado de la bienaventurada Resurrección?

(1) Math., XXVII.

(2) Sine paenitentia enim sunt dona Dei et vocatio, (Rom., XI).

La relación del Evangelio no ha querido manifestarnos este misterio, cuyo conocimiento no era necesario al establecimiento y á la manifestación de la fé. No obstante, podemos decir con seguridad, que Señor San José tenía derecho á encontrarse antes que ningún otro, entre las filas de este bienaventurado ejército, destinado á *poseer* antes del tiempo, los dones que los otros santos están obligados todavía á *desear* y á *esperar*. Ningún santo había pasado su vida en una inocencia más perfecta; ninguno había recibido de Dios favores más insignes; ninguno se había aproximado más de cerca á Jesucristo, ni estaba unido á Él con lazos más multiplicados y más íntimos. Por otra parte, era de justicia á lo que parece, que este gran Patriarca, que no había contemplado con sus ojos la gloria de Jesús resucitado, saliese de su sepulcro casi inmediatamente después de su muerte para asociarse al cortejo del Señor, y tomar un lugar cerca de Jesucristo, en cuerpo y alma, á la diestra del Altísimo.

Mas ¿quién podrá describirnos la hermosura resplandeciente de José, en medio de la luz celestial que le rodea y le penetra? ¿Quién podrá pintarnos la dulzura que respiran sus labios, la suavidad de su sonrisa, y

la apacibilidad de su mirada? ¿Quién nos dirá las maravillosas perfecciones por las cuales se manifiesta en esa carne bienaventurada, la presencia del alma augusta en la cual la bondad divina ha reunido tantos beneficios? ¿Quién nos revelará las inundaciones de gloria que manifiestan la santidad de esta alma, en la que el mismo Dios ha colocado la sede y el trono de su poder, y en la cual habita y vive tan íntima y plenamente?

Detengámonos más bien en la investigación de estos misterios, que sobrepujan toda inteligencia humana: y cambiando nuestro discurso, recurramos á la *oración*. Supliquémosle tiernamente á Señor San José, que nos ayude en nuestras necesidades, y que nos mire con piedad desde lo alto del trono en donde reina pacíficamente al lado de María y de Jesús. Y para estar más seguros de ser escuchados, empleemos las palabras de que se sirve la Santa Iglesia, y digámosle de todo nuestro corazón y con entera confianza:

Respice de Cælo, et vide, et visita vineam istam et perfice eam! (1) ¡Oh José! bajad hasta nosotros vuestras miradas, desde lo alto

(1) V. et B. ad 2. Nocturnum, in Off. Patroc. S. Joseph.

del cielo en donde habitais en medio del gozo y de la luz. Ved cuán grandes son nuestras debilidades; *visita esta viña* de la Santa Iglesia católica extendida abundantemente por todo el mundo, y hacedla que lleve por todas partes los frutos más dulces y abundantes.

Respice de coelo, et vide. Mirad desde lo alto del cielo, y *ved*: porque la distancia inmensa que separa á los bienaventurados de la fría mansión de nuestra tierra, no es ciertamente un obstáculo al claro conocimiento que pueden tener de todo lo que pasa entre nosotros. En el Verbo de Dios es donde los santos conocen y contemplan todas las cosas: y en este espejo siempre fiel, es donde perciben los objetos que el Señor ha resuelto mostrarles. ¡Ah! no hay duda que en el abismo de esta luz admirable, y en medio de esos esplendores infinitos que son el pensamiento del Dios vivo; no hay duda que nuestras fragilidades y nuestras culpas, nuestra malicia y nuestro endurecimiento, presentan muchas cosas más tristes y más sensibles para el corazón compasivo que las contempla. Miradlas pues, os lo suplicamos, ¡oh bondadoso José! miradlas con ojos de padre; miradlas como un amigo, como un hermano; porque todos

estos nombres tan dulces y tan sagrados os convienen; vos sois *nuestro*, y nos perteneceis por los títulos más grandes y más santos.

Mas no os limiteis á *conocer*, en la luz de Dios, la multitud de las debilidades y de los dolores que llevamos sin cesar en nuestros cuerpos y en nuestras almas: *Vide et visita vineam istam: visitad* por vuestro auxilio *esta viña* de la Iglesia, á la que María, vuestra casta Esposa, ha fecundado con sus penas y sus oraciones; y á la que Jesucristo vuestro Hijo ha adquirido por la efusión de toda su Sangre. La Iglesia, como una viña escogida, está llamada á producir abundantemente los racimos de las buenas obras. Y ninguna bestia enemiga, ningún hereje, ningún perseguidor ni ningún demonio, debe tener poder para traspasar los límites que la rodean y la protegen. Esta viña debe ser como un *jardín cerrado*, (1) defendida contra todo ataque, y á cubierto de toda desgracia. Debe dar en todo tiempo al celestial Viñador, el suave perfume de sus flores recién abiertas; y también el jugo generoso de sus frutos, madurados dichosamente bajo los rayos del verdadero Sol de justicia. En todo tiempo debe producir el

(1) Cant., IV.

vino generoso de la gracia, este licor precioso que no puede imitar ninguna industria humana, este santo licor que alegra el corazón del hombre, que le fortifica en las penas y que sabe llenarle de un valeroso entusiasmo y de una dulce embriaguez.

Mas ¡ay! ¡cuántas miserias y desgracias asedian hoy día por todas partes á esta viña muy amada! ¡Cuántas tristezas, cuántas inutilidades, y cuántos vicios! ¡Cuántas cepas atacadas por las más graves enfermedades! ¡Cuántas ramas estériles y ya todas desecadas! ¡Cuántas hojas manchadas y desgarradas, medio devoradas por el enemigo! ¡Cuántas flores detenidas antes de abrir sus corolas y heridas de muerte en su gérmen! ¡Cuántos racimos secos y vacíos, sin grosor y sin sabor!

Por tanto, levantaos, ¡oh José! levantaos y venid en vuestra bondad, en vuestra fuerza y vuestra gloria! Visitad esta viña: *Visita vineam istam, et perfice eam*: y hacedla perfecta. *Perfice eam*: hacedla *toda perfecta*, sin defectos y sin manchas! Hacedla toda fecunda y toda bella, toda rica y feliz; á fin de que, después de haber germinado, florecido y fructificado por vuestros cuidados en esta tierra, podamos ser al fin trasladados al reino celestial, en donde reináis desde ahora cerca de

María, cerca de Jesús, cerca de Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo, á fin de que podamos cantar con vos, llenos de santa alegría, las melodías del eterno *Alleluia*.

Alleluia! Alabado seais Señor Dios, Creador de todas las cosas! Padre lleno de misericordia y de poder! Alabado seais en el cielo y en la tierra por los ángeles y por los hombres; alabado seais por todos los dones que habeis concedido á Señor San José, y por todos los dones que Señor San José nos concede. Sobre todo, seais alabado por Vos mismo, que solo y sin rival, vivís, domináis, y reináis, ahora y para siempre.



DIA DIEZ Y NUEVE

EN HONOR

DE SEÑOR SAN JOSE,

ESPOSO DE MARIA SANTISIMA.

ESCRITO POR

Gabino Chavez, Pbro.

Por la señal de la Santa Cruz, etc.

V. Señor, abrirás mis labios. R. Y mi boca anunciará tu alabanza.

V. Oh Dios atiende en mi ayuda.

R. Apresúrate Señor, á socorrerme. *Gloria.*

ACTO DE CONTRICIÓN.

Amable Jesús, dulce Salvador mío: ¡cuán gran desdicha es para un corazón que arde en deseos de amarte, el ver el negro cuadro de su pasada vida, con las continuas culpas que aumenta cada día su flaqueza! ¡Cuánto quisiera el alma tener un dolor vivo, ardiente y profundo para sentir tus ofensas, y un corazón tierno y sensible para dolerse de